

Género y participación... Entre los usos del espacio y la palabra Una experiencia en el Centro Juvenil Lamistá

Natalia Estela¹, Agustina Pons² y Martina Purtscher³

Recibido: 25/4/2020. Aceptado: 28/7/2020

Resumen

El presente trabajo sistematiza la experiencia del año 2019 en el Centro Juvenil Lamistá en el marco del Espacio de Formación Integral «Cuerpo y Educación en Malvín Norte». El trabajo tiene como propósito el análisis de los registros de observación participante de la primera parte del semestre en el taller llevado a cabo por el equipo de educadores del centro denominado «Charlas y charlitas», así como también de otros registros de los momentos previos y posteriores a este, de las reuniones con el equipo y de los talleres con el grupo de adolescentes. Además, este trabajo establece continuidades con el trabajo de sistematización y análisis realizado en el Centro Juvenil en el año 2018, presente en el *dossier*. El análisis se estructura a partir del género en tanto categoría analítica, entendida como aquellas significaciones que se construyen ritualizada y performativamente sobre los cuerpos sexuados. En el trabajo analizamos y reflexionamos sobre la participación en el centro juvenil en función del género, puesto que tanto en los usos del espacio como en los de la palabra, existen diferentes formas de participar que se construyen de acuerdo a cierta ritualización de las prácticas y representaciones sociales vinculadas a lo femenino y a lo masculino. A partir de esto, nos preguntamos ¿Cuál es la relación entre la construcción de los géneros, la ocupación de los espacios y el uso de la palabra en el relacionamiento entre adolescentes del centro? ¿Cómo se configuran en torno a relaciones de poder? ¿De qué manera se implican con el cuerpo estas relaciones de poder?

Palabras clave: cuerpo, género, performatividad, participación.

- 1 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física del Instituto Superior de Educación Física (ISEF), Universidad de la República (Udelar). nataliaestela1897@gmail.com
- 2 Estudiante de la Carrera de Educación Social del Centro de Formación en Educación de la ANEP. agustina.pons18@gmail.com
- 3 Estudiante de la Licenciatura en Educación Física del ISEF, Udelar y de la Carrera de Educación Social del Centro de Formación en Educación de la ANEP. martipurtscher@gmail.com

Introducción

Este trabajo es producto de la sistematización de la experiencia del año 2019 en el marco del Espacio de Formación Integral (EFI) Cuerpo y Educación en Malvín Norte, un proyecto de extensión universitaria inscripto en el grupo de investigación Políticas Educativas, Cuerpo y Currículum (PE-CUC), perteneciente al Departamento de Educación Física y Prácticas Corporales de ISEF-Udelar y la línea de investigación Políticas Educativas, Cuerpo y Enseñanza (PECUE) del Departamento de Enseñanza y Aprendizaje del Instituto de Educación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

En el presente trabajo, las autoras (estudiantes del ISEF e IFES) presentamos el análisis de la experiencia del 2019 en el Centro Juvenil Lamistá (CJ).⁴ Queremos destacar que es el tercer año consecutivo que se viene desarrollando trabajo en conjunto entre el CJ y el EFI, lo que ha permitido un acumulado y una profundización tanto en el vínculo con la institución como con sus actores, educadores y adolescentes.

Para contextualizar resulta pertinente explicitar algunas consideraciones en torno a la extensión universitaria, teniendo en cuenta que es el marco en el cual se desarrolla el EFI. Para esto, se utilizan algunos de los aportes realizados por Bordoli (2010) en relación con la temática. Respecto a la relación entre extensión e investigación la autora señala:

Cuando afirmamos que la extensión debe desarrollarse solidariamente

con la investigación no estamos afirmando que se deba extrapolar el conocimiento generado en el ámbito universitario al contexto social (actitud vanguardista) sino que la pregunta debe operar como motor del trabajo de extensión (p. 8).

En este sentido, en el EFI esta relación se encuentra muy presente tanto por ser un proyecto de extensión universitaria que se inscribe en dos líneas de investigación (mencionadas con anterioridad) como también, por la utilización de la técnica de observación participante para la recopilación de algunos registros, los cuales sirven luego para la sistematización, análisis y reflexión de la experiencia a través de la formulación de preguntas y categorías que permiten llevar a cabo este trabajo.

En segundo lugar, destacamos los aportes de la autora respecto a la potencialidad que tienen estos espacios:

La potencialidad educativa, así como el pensar a la extensión bidireccionalmente, como encuentro de saberes, exige una asunción ética en el trabajo con el otro (respeto hacia el otro en tanto semejante) [...] Ubicar al otro y ubicarnos a nosotros mismos como sujetos de posibilidad es la llave que habilita el trabajo extensionista y educativo con el otro desde una dimensión ética (Bordoli, 2010, pp. 18-19).

De este modo, la ida al territorio nos exige (re)pensarnos constantemente, entendiendo el valor que tiene el trabajo desde la posibilidad y también desde un lugar nuestro de *no certezas* (Bordoli, 2010), realizando un trabajo en y con la comunidad, de constantes interrogantes

4 En 2019 participaron del EFI estudiantes de ISEF (Licenciatura en Educación Física), estudiantes de FHCE (Licenciatura en Educación), estudiantes de IFES (Carrera de Educación Social), integrándonos junto a docentes de ISEF y FHCE en diferentes instituciones socioeducativas del territorio de Malvín Norte. En ese año las actividades del proyecto se desarrollaron con las escuelas n.º 267 y n.º 268 y en el Centro Juvenil Lamistá. Nuestro trabajo en el EFI así como el presente artículo fue tutorado por los docentes Juan Muñío y Felipe Torres, de ISEF, bajo la coordinación de la docente Paola Dogliotti (ISEF y FHCE).

tanto con respecto al motivo por el cual llegamos a esas instituciones como también por la construcción colectiva y bidireccional entre el equipo de docentes del EFI, nosotras como estudiantes y diferentes profesionales y actores de las instituciones.

Por otra parte, el CJ en el cual se enmarca este trabajo tal como se mencionó anteriormente, se llama Lamistá y está ubicado en el barrio Malvín Norte. Es un proyecto de educación no formal para adolescentes entre 12 y 17 años que funciona de lunes a viernes de 14 a 18 horas. Durante ese horario los adolescentes realizan diferentes actividades y talleres que abarcan entre otras propuestas, desde la cocina y la danza hasta deportes alternativos como el tchoukball y espacios de estudio.

En el comienzo de este tercer año consecutivo de trabajo con el CJ, en diálogo entre el equipo del CJ y el equipo del EFI, surgió la posibilidad de integrarnos como observadoras participantes al taller Charlas y charlitas. Este taller tiene una particularidad y es que a diferencia de los otros espacios es llevado a cabo por todo el equipo de educadores del CJ quienes según las actividades que realizan, van rotando en duplas para llevarlo a cabo. El taller se desarrolla todos los jueves en la primera parte de la jornada. A su vez, en la primera parte del semestre, el taller estaba destinado a trabajar en diversas instancias en torno al objetivo de establecer una asamblea autogestionada. El equipo del CJ se proponía que la asamblea, una vez conformada, se desarrolle en un horario y espacios diferentes del taller, de modo que este pudiera implementar otras propuestas y temáticas que sean de interés para el grupo de adolescentes.

Tal como habían mencionado los educadores, una vez avanzado el semestre las instancias de asamblea se cambiaron

de día y Charlas y charlitas devino un espacio de taller con otras temáticas como por ejemplo: derechos humanos, métodos anticonceptivos, entre otras.

Durante el año participamos también en cuatro instancias de reunión con el equipo de educadores del CJ, donde fuimos construyendo colectivamente la sistematización de ese espacio, que consideramos clave para desarrollar la tarea del EFI, en tanto nos ofrece una posibilidad para establecer diálogos, discutir e intercambiar opiniones acerca de los análisis y preguntas con las que fuimos trabajando. A su vez, en este proceso fuimos devolviendo al CJ nuestra mirada estableciendo momentos de pienso colectivo para habilitar nuevas reflexiones tanto para nuestro trabajo desde la extensión, como para los actores de la institución en sus prácticas educativas cotidianas.

En una de estas reuniones surgió la posibilidad de participar ya no desde la observación participante, sino desde la propuesta de talleres específicamente en torno a la temática género, eje conceptual que habíamos construido a partir de nuestras observaciones y experiencias de ese año en dicho espacio.

De este modo, nos resulta interesante poder dar cuenta de un breve desarrollo de cada uno de esos talleres para resaltar algunos puntos de la experiencia. En la primera instancia propusimos algunas actividades lúdicas que tenían como objetivo reconocer y disputar diferentes espacios. Luego, en duplas, a partir de una tarjeta que tenía un personaje con un nombre, edad y centro educativo al que asistía, tenían que inventarle desde rasgos físicos hasta gustos personales y a su vez, pensar cómo ese o esa adolescente habitaba los espacios del CJ.

Más tarde, los invitamos a reflexionar sobre qué espacios habitaban ellos y ellas el CJ y si el tránsito por estos tenía

que ver con que sean mujeres u hombres. Para esto llevamos un plano del CJ hecho por nosotros, que mostraba sus diferentes espacios y algunas características para identificarlos, por ejemplo: las líneas de la cancha polideportiva que se encuentra en el frente del edificio y el banco de hormigón que se encuentra a su lado, los sillones y la mesa de *ping-pong* de su sala principal, entre otros. En esta última parte se pararon dos varones para mostrar en el plano cómo era su recorrido en un día por el CJ. Luego de finalizado el taller en conjunto con una de las educadoras del CJ, replanificamos para la siguiente actividad.

Respecto al segundo taller nos planteamos el objetivo de poner en discusión la relación entre el género y los usos de la palabra a partir de los registros obtenidos de la observación de las diferentes instancias del CJ. Para esto, las dinámicas que llevamos ponían en juego el lugar de la palabra y se relacionaban directamente con los registros de observación participante que habíamos elaborado. Entonces los adolescentes en subgrupos, tenían que representar una serie de situaciones que referían a dichos registros y podían optar la forma de representarla: cine mudo o radionovela. El taller finalizó con una dinámica en la que el grupo circulaba por el espacio leyendo fragmentos extraídos de dos textos de Judith Butler⁵ que habíamos colocado dispersos por el espacio previamente. A su vez, les propusimos colocar la situación que habían representado al costado del fragmento que les pareciera más adecuado y una vez articulados fragmentos teóricos y situaciones, la consigna fue que realizaran comentarios, preguntas o intervenciones al análisis que se había formulado.

Para poder realizar este análisis, recopilamos trece registros de observación participante del taller Charlas y charlitas, y el espacio de tiempo libre previo y posterior a él. Estos registros se componen de tres secciones: el relato descriptivo y anecdótico de la jornada, una segunda parte de implicación, donde se pretende dar lugar a apreciaciones subjetivas como pueden ser sensaciones, preguntas o reflexiones; y por último, posibles fragmentos teóricos de textos que nos sirvan como sustento y nos aporten para pensar lo sucedido en cada jornada.

Además, contamos con tres registros de las reuniones con el equipo de educadores del CJ y por otro lado, con los registros de las dos instancias en las que participamos proponiendo talleres con los adolescentes del CJ.

A partir de la articulación de los datos construidos durante el año y los materiales teóricos del EFI, fueron surgiendo preguntas, discusiones y comentarios en torno a las situaciones observadas y planteadas en la práctica relacionadas con el género, categoría que constituye el eje de nuestro análisis. A su vez, buscamos relacionarlo con la ritualización (Agamben, 2003) y performatividad (Butler, 2002) conceptos que consideramos clave para entender al género como una construcción discursiva. Por último, nos propusimos visualizar su vínculo con la participación: la ocupación de los espacios y con el uso de la palabra.

En tal sentido, nos preguntamos: ¿Cuál es la relación entre la construcción de los géneros, la ocupación de los espacios y el uso de la palabra en el relacionamiento entre adolescentes del CJ? ¿Cómo se configuran en torno a relaciones de poder? ¿De qué manera se

5 Los fragmentos que llevamos para articular con las situaciones fueron extraídos de los textos *El género en disputa* (2007) y *Cuerpos que importan* (2002).

implican con el cuerpo estas relaciones de poder?

Rituales y performatividad

En el año 2018 trabajamos dos categorías: rito y juego (Agamben, 2003), que retomaremos como punto de partida para este análisis. Estas nos permitieron observar y analizar cómo se daban las dinámicas cotidianas del CJ distinguiendo de esta manera, dos instancias diferentes, pero que a la vez están implicadas entre sí.⁶ En cierta medida, creemos que esto permitió en la experiencia del 2019 profundizar en el análisis de las dinámicas libres y direccionadas, y centrar nuestra atención en un aspecto que como explicaremos más adelante, fue tomando importancia: el género.

Es interesante el planteo de Scott (1996) para conceptualizarlo como categoría analítica a partir de la articulación de dos proposiciones: «El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder» (p. 23). Respecto a la primera, la autora señala cuatro elementos que si bien están interrelacionados, no operan simultáneamente: los símbolos culturales disponibles que evocan representaciones; los conceptos normativos; las nociones políticas, instituciones y organizaciones sociales y por último, la identidad subjetiva. Respecto al género como forma primaria de las relaciones de poder, explica que «el género es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder» (p. 26). En tal sentido, conceptualizar el género desde esta perspectiva implica decodificar significados y comprender

las complejas conexiones que existen en la interacción humana.

Acerca del concepto de rito encontramos que Butler (2007) señala que el género es performativo, lo que implica, trascender la distinción sexo/género, donde el primero se presenta como natural y prediscursivo mientras que el segundo es su interpretación cultural. La autora plantea que esta noción prediscursiva del sexo, es el resultado de una serie de relaciones de poder, que reiteradas discursivamente producen como efecto un sexo prediscursivo. En este sentido, que el género sea performativo implica no una actuación y performance voluntarias, sino justamente, una ritualización: «La performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente» (p. 17).

De este modo, los registros de observación que presentamos en este trabajo dan cuenta de las construcciones de género que se configuran en las relaciones de poder entre los adolescentes del CJ precisamente en torno a la ocupación de los espacios y los usos de la palabra. Así surge una posible pregunta que condensa el problema a analizar: ¿Cómo se relaciona la construcción de los géneros con la ocupación de los espacios y el uso de la palabra en el CJ?

Respecto del objeto de análisis, se fue construyendo durante todo el año en función de registros que daban cuenta de situaciones recurrentes en la cotidianidad del CJ relacionadas al género, de la participación en los talleres y sobre todo, en relación con el diálogo colectivo entre el EFI y los educadores y las educadoras del CJ. A su vez, los datos

6 El análisis de estas categorías en el CJ se pueden encontrar en el primer artículo del presente dossier.

para pensar las categorías de análisis corresponden a los registros de la primera parte del semestre, es decir, durante el proceso de conformación de la asamblea.

En segundo lugar, si bien en una instancia inicial de este producto de sistematización habíamos presentado dos ejes: *participación* y *género* como temáticas separadas, a partir de la discusión e intercambio con el equipo del CJ consideramos interesante relacionarlas y pensar la participación como la ocupación de los espacios y los usos de la palabra, en función del género. Se escogió a este último como eje principal y se tomaron como punto de partida algunas de las ideas trabajadas en el año 2018 sobre el rito (Agamben, 2003) y la performatividad (Butler, 2002, 2007).

Al igual que en otros dramas sociales rituales, la acción de género exige una actuación reiterada, la cual radica en volver a efectuar y a experimentar una serie de significados ya determinados socialmente, y esta es la forma mundana y ritualizada de su legitimación (Butler, 2007, p. 273).

Al pensar estos aportes en relación con la práctica concreta del CJ, consideramos que las formas en las que se expresan las ritualizaciones del género, no son exclusivas del CJ sino que por el contrario

... son las lógicas sociales, culturales y familiares, en el marco de singulares tramas institucionales, las que modelan el cuerpo, lo atraviesan y definen un repertorio particular de actividades perceptivas, expresiones de sentimientos y emociones, ritos de interacción

corporal (Mauss, 1971; Picard, 1986; Goffman, 1986) (Scharagrodsky, 2014, p. 2).

No obstante, dar cuenta de esta situación nos permite preguntarnos y reflexionar sobre cómo estas prácticas operan en la cotidianidad del CJ. En este punto, se puede tener en cuenta lo que, con base en los aportes de Foucault, señala Scharagrodsky (2004) en su análisis de determinadas realidades escolares:

... los usos corporales de niños y niñas muestran no solo una arbitraria distribución de roles sino, fundamentalmente, la existencia de ciertas relaciones de poder marcadamente desiguales. Dichas relaciones de poder, al no ser móviles y al no permitir a la mayoría de las niñas estrategias de modificación se cristalizan y se fijan dando por resultado lo que Foucault (1984) ha denominado estados de dominación (p. 68).

Articulando con lo desarrollado anteriormente, nos preguntamos si son esas relaciones de poder establecidas y fijadas (las cuales asociamos con los ritos y la performatividad) las que colaboran en la construcción de los géneros, o bien ¿qué pasaría si hay una irrupción en estas prácticas determinadas?, ¿qué sucede cuando acontece algo que rompe con el rito?, ¿se actualiza la construcción o se habilita un lugar para una ruptura a propósito del género?

Ocupación de los espacios del CJ

Una de las consideraciones que tuvimos en cuenta al momento de analizar cómo eran las diferencias en torno

al uso de los espacios,⁷ fue que si bien estas no sucedían en un solo espacio en particular, los registros de observación dan cuenta, en cierto sentido, que el tiempo libre era uno de los momentos donde esto se hacía más explícito.

Cuando nos referimos a «tiempos libres» lo hacemos en cuanto al momento previo a la ronda en el cual van llegando adolescentes y educadores, o bien a los tiempos existentes entre taller y taller. Allí están habilitados diferentes espacios y actividades: el *ping-pong*, la cancha, el espacio de los sillones, etc. En el CJ se manejan varias propuestas para enriquecer ese espacio y siempre hay educadores que rondan para disfrutar también de lo que allí sucede.

Cómo se puede ver a continuación el espacio es en general habitado desde diferentes posturas; por un lado, las que tienen que ver con el moverse, y por otro las que se configuran más desde la contemplación.

Dentro del local, se hallaban adolescentes, algunas ocupando los sillones, y dos de los chicos jugaban un partido de *ping-pong*. Las prácticas deportivas, fútbol y *ping-pong*, eran realizadas exclusivamente por varones. Las chicas, junto con dos chicos, conversaban (Observación n.º 8, 6 de junio de 2019).

En este sentido, encontramos en Scharagrodsky algunos elementos que podrían dar cuenta de las formas en que se desenvuelven hombres y mujeres ante la posibilidad de realizar prácticas deportivas en espacios libres, de cierto modo, reflejarían una forma de actuar que remonta a los orígenes del deporte, ya que este surgió como una práctica

reservada para varones. A su vez, el autor agrega «... los deportes han sido algunas de las prácticas que mejor han legitimado y naturalizado los mandatos sociales de la masculinidad tradicional (Pescador Albiach, 2004)» (Scharagrodsky, 2014, pp. 10-11).

Otro registro recoge una situación similar:

Llegamos al CJ y vimos a una educadora sentada en el banco de hormigón con dos o tres chicas, mientras que algunos varones jugaban a la pelota en la cancha. Las saludamos a ellas y en ese momento salió otra de las educadoras que al vernos, comenzó a llamar a los y las adolescentes para la ronda. Entramos y había pocas adolescentes dentro, solo algunas estaban sentadas en los sillones esperando la ronda (Observación n.º 5, 16 de mayo de 2019).

Tomando en cuenta los elementos anteriores, podemos visualizar la diferencia entre los espacios que son ocupados por varones y aquellos que son ocupados por mujeres. Además, esto se repite en más de una observación lo cual podría denotar que es una práctica que sucede recurrentemente en el funcionamiento del CJ.

Podemos reconocer con Butler (2007) que los géneros no constituyen únicamente dos categorías naturales binarias y totales, puesto que como toda construcción discursiva, dependen de las costumbres y hábitos que se generan y se ritualizan en torno a ellos. En este sentido, Scharagrodsky (2004) hace mención a estas situaciones y señala algunas características:

7 Para profundizar en torno a las diferencias en los usos del espacio, Bourdieu (2000) ofrece un análisis que si bien no se articula directamente con la perspectiva teórica de este trabajo es interesante retomar. El autor plantea que el espacio social está organizado de acuerdo a una distinción entre lo femenino y lo masculino que reproduce y legitima la dominación masculina sobre el sexo femenino basada en «una naturaleza biológica que es en sí misma una construcción social naturalizada» (p. 20).

En tanto la mayoría de los varones tienden a ocupar los espacios más amplios y centrales, la mayoría de las mujeres —y también algunos varones— utilizan espacios reducidos y marginales [...] reforzando este-reotipos naturalizados como el de pasividad, el de intimidad, el de protección y el de encapsulamiento de la mujer. La utilización, proporcionalmente menor, del espacio por parte de las niñas durante las actividades físico-deportivas contribuye a estimular en ellas la idea de protección de sus cuerpos y la idea de que deben permanecer encapsuladas en el espacio personal (p. 69).

Esto se puede visualizar también en diálogos como:

Luego, aprovechando el sol fuimos a sentarnos en uno de los bancos de afuera, miramos un partido de fútbol mientras conversábamos con una de las adolescentes. En cierto momento le preguntamos: «¿Hay alguna chica que juegue al fútbol?» a lo que nos contesta que no, «porque los varones juegan muy bruto» (Observación n.º 10, 20 de junio de 2019).

Siguiendo el planteo de Butler (2007) podemos decir que en el fragmento anterior aparecen materializados los significados atribuidos a las prácticas y espacios en función de la construcción de los géneros. Es decir, que es en las disputas de poder —en este caso por la ocupación de los espacios— donde se construyen los géneros; en tanto las formas en que estos se identifican con los espacios, como en este caso los varones con la cancha y las niñas con el banco de hormigón son repetidas, aceptadas y legitimadas.

Esto da cuenta de que los comportamientos corporales lejos de ser naturales, universales o fácilmente aprehensibles, son efecto de las lógicas

sociales, culturales y políticas que se establecen en un grupo, en una institución o en un territorio determinado:

Existir significa moverse en un espacio y tiempo, transformar el entorno gracias a una suma de gestos eficaces, clasificar y atribuir un valor a las actividades perceptivas, dirigir a los demás la palabra, pero también realizar gestos y movimientos a partir de un conjunto de rituales corporales cuya significación solo tiene sentido en relación con el conjunto de los datos de la simbólica propia del grupo y del contexto social de pertenencia (Scharagrodsky, 2014, p. 2).

Luego de presentado este análisis y las reflexiones e interrogantes que surgen a partir de este, consideramos pertinente presentar algunos registros que reflejan nuestras observaciones respecto a cuáles fueron algunas de las reacciones de los adolescentes al momento de trabajar sobre este aspecto. Al principio de la puesta en común sucedió lo siguiente:

Se planteó la consigna donde cada uno debía pensar para sí mismo cómo habitaban el centro juvenil, qué recorridos realizaban. Si bien la idea era dar un tiempo de alrededor de cinco minutos para que cada cual pensara y reflexionara para sí mismo, a los pocos minutos empezaron a hacer comentarios en voz alta. Fueron muy pocos (creo que tres adolescentes, una mujer y dos varones) que se animaron a decir frente a todos cómo habitaban el centro juvenil. Allí los dos varones adolescentes, para explicar sus recorridos, se pararon frente a todos y explicaron usando como recurso los mapas que habíamos llevado (Registro del primer taller, 24 de octubre de 2019).

Después de esta situación, surgió un debate interesante ante una pregunta

de si consideraban que sus recorridos estaban determinados en que sean mujeres u hombres. Si bien en un principio existió un silencio absoluto, luego las reacciones empezaron a aflorar:

Algunos varones manifestaron que no entendían a qué iba la pregunta, que siempre estaban con el mismo tema. Algunos manifestaban sensación de enojo. Había diferencias entre cómo lo veían las mujeres y como lo veían los varones, la palabra en general, la tenían ellos, muy pocas mujeres intervenían. Uno de los puntos más discutidos en esa charla fue el tema de la cancha. Las mujeres manifestaban que los varones generalmente eran los que siempre hacían uso de la cancha, siempre jugando al fútbol. Allí uno de los varones dijo que nunca les prohibían jugar y que si no lo hacían era porque no querían (Registro del primer taller, 24 de octubre de 2019).

Al finalizar el taller y reflexionar sobre el debate, desde el rol adulto se consideró que la discusión no tenía que generar un «enfrentamiento» entre los adolescentes. De ese modo, acordamos para el siguiente taller cuidar las intervenciones para que los debates no se limitaran a una esencialización de lo masculino y femenino (Scharagrodsky, 2004) sino más bien, a poder suscitar análisis y reflexiones orientados a pensar porqué creían que las situaciones trabajadas se daban de esa forma. También resultaba fundamental tener en cuenta para la siguiente instancia lo que planteaba una de las educadoras:

Estaría bueno para el siguiente taller que no quedara el final tan «abierto» para que no haya adolescentes que se vayan enojados, porque si no sucedía que esa era la última sensación con la que se quedaban y que no estaba bueno porque el taller en sí había

transcurrido muy bien (Registro del primer taller, 24 de octubre de 2019).

A continuación nos proponemos problematizar respecto a cómo estas instancias de «dirigir la palabra a los demás» tienen un sentido particular dentro del contexto del CJ y cómo se relacionan con la construcción discursiva del género.

Usos de la palabra en el Centro Juvenil

Al poner el foco en los usos de la palabra, visualizamos que esta es otra de las formas en que se manifiesta la participación. Teniendo en cuenta que esta última constituye uno de los ejes de trabajo propuestos por el equipo del CJ para el 2019, consideramos interesante definirla de acuerdo a Viscardi y Alonso (2013) como «tomar la palabra»:

La pertenencia y la legitimidad dependen de roles y reconocimientos a efectos de que alguien pueda «tomar la palabra», y ser escuchado en sus ideas y propuestas. Esto es, propiamente, participar. «Tomar la palabra» está en el origen de los mecanismos de debate y discusión (p. 131).

A través de la lectura de nuestros registros, notamos que así como los adolescentes habitan los espacios del CJ de diferente manera, el uso de la palabra también se da de forma desigual:

Llegó el turno del otro grupo para exponer, una chica comenzó a hablar y un compañero de mi subgrupo estaba hablando a la vez. Se hizo un murmullo, y el educador intervino llamando al chico por su nombre ¿qué pasó cuando vos hablaste? Se hizo un silencio esperando que la compañera retomara su discurso, y finalmente esta dijo: Ahora no. Ya no tengo ganas de hablar (Observación n.º 1, 11 de abril de 2019).

Vemos que esto aparece sistemáticamente en las actividades del CJ, y podemos relacionarlo con lo que Scharagrodsky (2004) describe como el «uso del tiempo»:

Pero no solo la distribución del espacio no es equitativa. También el uso del tiempo es desigual. Tiempo de realización de las prácticas motrices (la participación de los varones es mayor con respecto a la de las mujeres) y tiempo de decisiones con respecto a la puntuación (ciertos momentos de la clase son monopolizados por los varones) (p. 70).

De acuerdo a lo anterior podemos observar que quienes generalmente tenían la iniciativa para proponer y expresar sus ideas eran los varones, muchas veces hasta hablando por encima de las chicas, generando como en dicha ocasión que la adolescente no quisiera seguir con su intervención, o bien monopolizando las instancias de palabra como sucedió en el simulacro de la asamblea:

El primer ensayo de lo que es una asamblea. El educador propone elegir los cargos directivos quedando seleccionados por iniciativa. Entonces los adolescentes levantaban la mano diciendo «yo quiero» a medida que se querían postular. En ninguno de los cargos hubo más de uno que quiera cumplir con la tarea. Todos los que tomaron la iniciativa fueron varones (Observación n.º 4, 9 de mayo de 2019).

En uno de los talleres dedicados a la creación de la asamblea observamos una diferencia en la iniciativa de los varones en comparación con las chicas. Notamos que pasó algo parecido al taller anterior:

La forma de postularse fue la misma para todos los cargos, la docente preguntaba, y los chicos levantaban la mano, siendo estos tres varones: uno para presidente, otro para vocero, y otro como tesorero. Solo una chica se postuló pero no especificó el cargo (Observación, n.º 5, 16 de mayo de 2019).

Tomando en cuenta las situaciones expuestas anteriormente, nos preguntamos: ¿cómo las prácticas del centro juvenil actualizan un discurso sobre el género?, ¿qué acontece cuando este discurso se reitera? Por otra parte, visualizando cómo los educadores habilitan y proponen instancias de participación, nos cuestionamos: ¿es posible enseñar a participar sin tener en cuenta los condicionamientos sociales y culturales que se ponen en juego al pretender «tomar la palabra»? ¿qué lugar podría ocupar una perspectiva crítica sobre el género?, ¿cómo se podría problematizar esto en contextos educativos?

Consideraciones finales

A modo de cierre, uno de los aspectos a destacar de este proceso fue la construcción colectiva, bidireccional y constante que logramos con el equipo de educadores del CJ durante todo el año. A partir del trabajo en conjunto logramos cumplir con las proyecciones planteadas en el 2018 de realizar los talleres con los adolescentes, logro que permitió generar un antecedente en el EFI que hasta el momento no existía.⁸ Además, en esta oportunidad nos propusimos avanzar hacia un análisis más minucioso, haciendo

8 Es de destacar en este punto la posibilidad que se nos abrió sobre poder reflexionar junto a los adolescentes sobre algunos nudos teóricos centrales de las líneas de investigación donde se inserta el EFI; hasta ese momento el intercambio con todas las instituciones había quedado a nivel de los diversos equipos docentes. Otro aspecto a destacar es que el trabajo con adolescentes trascendió la propuesta de actividades educativas al tener en el centro la problematización central del EFI: el cuerpo en la educación y en nuestro caso cómo los adolescentes se apropian de este en el CJ.

especial énfasis en las prácticas concretas del centro y cómo estas se desarrollan en un determinado contexto.

Respecto a la construcción del problema, consideramos de relevancia volver a destacar el hecho de que la temática sobre género no haya sido establecida desde un principio sino a partir de la experiencia en territorio, que plasmamos en los registros y que nos permitió ver que era un tema recurrente que valía la pena estudiar, analizar y reflexionar en profundidad. Además, el hecho de poder articular lo trabajado el año pasado sobre los ritos con relación al género, permitió darle un hilo conductor a los dos trabajos que de alguna forma dan cuenta del proceso realizado como EFI en el CJ.

Se evidenció de cierta forma en los registros de observación que hay un marcado uso de los espacios. Sobre todo en los momentos de tiempo libre, los adolescentes varones se desplazan de forma activa por el CJ, por ejemplo al usar la cancha para jugar al fútbol, mientras que las adolescentes mujeres toman posiciones más pasivas. Lo mismo sucede con el uso de la palabra, en reiteradas ocasiones eran los varones quienes tomaban la palabra con facilidad en las actividades pautadas desde los referentes adultos del CJ, como lo es el taller «Charlas y charlitas», mientras que las mujeres optaban por el silencio o la espera.

Con relación a las instancias que trabajamos con los adolescentes, consideramos que fueron un gran desafío como equipo, porque nos implicó pensar de qué forma podíamos planificar dos talleres que contemplaran el proceso que veníamos realizando. Sin duda, el componente lúdico fue un medio fundamental para poder llevar a cabo dichas actividades. También, subrayar como fortaleza del trabajo, la importancia

que tuvo para el proyecto poner en diálogo con los adolescentes el problema y las reflexiones que guiaban el trabajo del EFI y el marco conceptual desde donde estos fueron posibles. Además, escuchar sus dichos y expresiones a través de estos talleres, nos permitió conocer y reflexionar en colectivo sobre qué y cómo pensaban y opinaban respecto a estos temas.

Referencias bibliográficas

- AGAMBEN, G. (2011). *Infancia e Historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- BORDOLI, E. (2010). Aportes para pensar la extensión universitaria. *Extensión en Obra*. Montevideo: CSEAM, Universidad de la República.
- BOURDIEU, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- BUTLER, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Madrid: Paidós.
- SCHARAGRODSKY, P. (2004). Juntos pero no revueltos: la educación física mixta en clave de género. *Cadernos de Pesquisa*, 34 (121), 59-76. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/cp/v34n121/a04n121.pdf>
- (2014). El cuerpo en la escuela. En: *Explora, las ciencias del mundo contemporáneo* (pp. 2-14). Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. Recuperado de <http://ceip.edu.uy/IFS/documentos/2015/sexual/materiales/pedagogia-elcuerpoenlaescuela/pedagogia-elcuerpoenlaescuela.pdf>
- SCOTT, J. (1996). El género: Una categoría útil para el análisis histórico. En M. LAMAS (Comp.). *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). Ciudad de México: PUEG.
- VISCARDI, N. y ALONSO, N. (2013). *Gramática(s) de la convivencia. Un examen a la cotidianidad escolar y la cultura política en la Educación Primaria y Media en Uruguay*. Montevideo: ANEP.